



CONCLUSIÓN.

Á LOS NIÑOS Y Á LOS ADOLESCENTES.

I.

Héle allí, niños y adolescentes, héle allí *el modelo* propuesto á vuestra imitación.

Hé allí á ese Dios infinitamente poderoso, infinitamente grande, que ha querido, para atraeros y ayudaros á ser semejantes á El, hacerse *como uno de vosotros*.

Como vosotros estuvo en una cuna, y después en los brazos de su madre, sin ninguna seña exterior que pudiese hacerle distinguir de cualquier otro niño.

Tuvo como vosotros, *un año, dos años, cinco años, diez años*. y durante esa primera infancia, se mostró amante, obediente, tierno, gracioso y amable, en más alto grado, sin duda, que los demás niños de su edad; pero no había en El *nada* que mostrase directamente la divinidad.

Como vosotros, entró en la adolescencia, y después llegó á la edad viril.

Su obediencia, su afecto hacia los suyos, su amabilidad y su abnegación, parecían crecer con El, y mostrarse más firmes, como conviene, á medida que se avanza en la vida; y á estos atractivos añadió: *la vida activa,—el trabajo del taller, la asiduidad para acudir en auxilio de su madre y de su padre, y para darles testimonio de su ternura y su respeto,—la abnegación para con todos,—la dulce familiaridad con los de su edad,—y la fuerza para soportar alegremente las penas cotidianas.*

Su respeto á la ley de Dios, su absoluta sumisión á la voluntad de Dios, y su ofrenda continua para aceptar todos los sacrificios que Dios quisiera exigirle más tarde. se manifestaron de un modo más externo, porque, en relación con su edad, debía darnos á todos el ejemplo que edifica y arrebatá.

II.

Hé allí vuestro modelo, niños y adolescentes;—y, como lo dijimos desde las primeras páginas de este libro, tened á menudo ante la vista, este *ideal* que tiene en sí todo lo que puede atraer y cautivar.

Ideal del atractivo exterior.

Ideal de la bondad y de la abnegación que allana el camino para *ir hacia él*—para permanecer cerca de él, para hablar con él,—para expresarlo todo con él,—para contarle sus alegrías, sus penas, sus proyectos, sus esperanzas y sus decepciones, con la certi-

dumbre de que será siempre acogido, siempre escuchado, y de que se retirará siempre tranquilo, consolado y fortalecido.

Ideal de la fuerza que protege y que defiende; de la riqueza que posee todo lo que puede ser útil y agradable;

de la generosidad que lo ofrece todo y lo da todo; de la constancia que resiste al tiempo, al olvido, a la indiferencia, y que se conserva inalterable siempre, cuando se vuelve á él con sinceridad.

Ideal el más completo, el único completo, el único que no se debilita, que no se cansa y cuya perfección supera los más ardientes de nuestros deseos!

III.

Hé allí á *Aquél* cuya imagen debe reproducirse en vuestra alma, como un espejo, cuando está muy puro, reproduce las facciones del sér que se ha colocado enfrente de él.

Acercaos, pues, niños y adolescentes, acercaos á Jesucristo.—Miradle.—Estudiadle, y le amaréis; y atraídos por el afecto trataréis casi instintivamente de semejaros á aquél que amáis.

Pero vosotros, solos no podéis ejecutar este trabajo interior y exterior.

Arrodillaos, y pedid á la Santísima Virgen María, madre amante de Jesús, madre abnegada que no le abandonó durante los largos años de su infancia y

adolescencia, pedidle que inculque en vuestra alma el ardiente deseo de semejaros á ese hijo muy amado, y que recite con vosotros y por vosotros, la siguiente oración que tan bellamente expresa ese piadoso deseo.

ORACION.

¡Oh Jesús niño y adolescente! que vuestra *bendita imagen* esté siempre ante mis ojos; que *vuestro recuerdo* esté siempre en mi memoria y vuestro amor siempre en mi corazón;

Que *no quiera nada* que no hayáis querido vos mismo;

Que *no haga nada* que no hayáis hecho;

Que *no diga nada* que vos no hayáis dicho.

¡Jesús niño y adolescente! estad siempre *cerca de mí* para protegerme;—siempre conmigo para dirigirme.

Estad conmigo *ahora* que os ruego; conmigo para bendecirme; y que vuestra bendición me favorezca contra la tentación, me conserve en gracia de Dios, me preserve de todo error y de toda vileza.

Estad conmigo *en mis plegarias*, para comunicarme las disposiciones de vuestro corazón y la sumisión de vuestra voluntad,—que así, en vos, por vos y como vos, me presente, respetuoso y confiado, á vuestro Padre.

Estad conmigo *en mis confidencias con la Santísima Virgen vuestra Madre*, á quien habéis recomendado que sea también madre mía; que yo la ame como

vos la amabais, que me dirija á ella como vos, con la confianza de un hijo, y que me deje guiar por ella, como os dejabais conducir vos mismo.

Estad conmigo *en mis deliberaciones*, para darme prudencia, discernimiento y hacerme escoger lo que debe contribuir con más seguridad á la gloria de Dios y á la salud de mi alma.

Estad conmigo *en mis recreaciones*, para que, siempre y con todos, manifieste una dulce, apacible y edificante alegría.

Estad conmigo *en mis conversaciones*, para hacerme guardar oportuno silencio, y para poner en mis labios palabras de bondad, de fortaleza, de rectitud y de consuelo.

Estad conmigo *en mis lecturas y en mis estudios*, para darme vuestras luces, y para que, sin vanidad, se eleve más mi espíritu y se fortalezca mi corazón.

Estad conmigo *en mis sufrimientos, mis penas, mis contrariedades y mis pruebas*, para sostenerme, consolarme, afirmarme, y darme una sumisión absoluta á la santa y paternal Providencia de Dios.

Estad conmigo *en la prosperidad y en el éxito*, para darme siempre un agradecimiento filial hacia Dios que se muestra realmente *mi Padre*, y para conservarme en la humildad.

Estad conmigo *en mis relaciones con el prójimo*, para que, con todos, con los que me son simpáticos y con los que me inspiran naturalmente cierta repulsión, sea bueno, paciente y generoso.

Estad conmigo *en todas las circunstancias particulares y extraordinarias* en que pueda encontrarme, para que jamás me aleje de vos, para que no obre sin vos, y para que practique todo el bien que pueda hacer.

Estad conmigo *en todo, por todo y para todo*; estad *en mi interior* para regular todos sus movimientos, y *en mi exterior* para hacerlo edificante.—Servíos de mí, oh Jesús, para continuar *por mí* el bien que habéis hecho durante vuestra residencia en la casa de Nazaret.

NOTA SOBRE EL CRECIMIENTO DE JESUCRISTO.

Jesús, dice el santo Evangelio, *crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres.* (LUC. II, 52.)

Se desarrollaba físicamente como un niño cualquiera, mostrando de año en año, la fuerza, la inteligencia y el atractivo que convenían á su edad.

El crecimiento de Jesús tenía un triple objeto: *el espíritu,—el cuerpo,—el alma.*

1º *El espíritu.*—En Jesús no había desarrollo propiamente dicho, sino *manifestación progresiva.* El crecimiento tenía lugar solamente á los ojos de los hombres; pero no se verificaba en realidad.

En Jesús es preciso distinguir la *ciencia divina ó increada* que poseía como Dios,—y la *ciencia humana ó creada* que podía poseer como hombre.

La *ciencia divina* fué perfecta en Jesús desde el primer instante de su concepción; no ha podido recibir, pues, ningún aumento; derramaba solamente, poco á poco, una luz más abundante, como el sol que, según el lenguaje ordinario, aumenta en claridad después de su salida hasta su mediodía, aunque en realidad no aumente.

La *ciencia humana*, la que los teólogos llaman *adquirida* y que proviene del raciocinio y de la experiencia, existía en Jesús que teniendo las mismas facultades que nosotros, veía los mismos objetos y adquiría la misma ciencia; dejaba que esta ciencia apareciese exteriormente, dando de día en día, á los que le observaban, nuevas pruebas de sus conocimientos y de su sabiduría.

La *ciencia experimental* de Jesús aumentaba constantemente, pero no le enseñaba cosas nuevas; le mostraba bajo un nuevo aspecto ideas que conocía ya, en virtud de su ciencia divina. Quiso saber por experiencia una multitud de cosas que no conocía de ese modo, y no ejecutar sino poco á poco, muchos actos para los cuales, por ser verdaderamente niño, se consideraba incapaz.

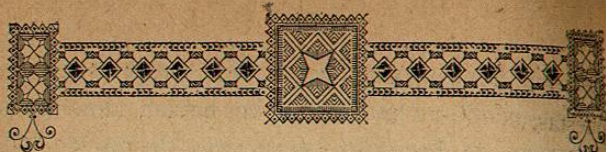
2º—*El cuerpo*.—Jesús crecía en edad y su cuerpo adquiría cada día nuevas fuerzas.

3º—*El alma ó el desarrollo moral*.—Es preciso distinguir con los teólogos *las inclinaciones y los actos*.

Los *actos de virtud* tomaban creces y se multipli-

caban en Jesús; y estos actos más y más excelentes y conteniendo un mérito nuevo, habían aumentado la gracia de Jesucristo, si, en caso de no ser infinita, hubiese sido susceptible de aumento. (SANTO TOMÁS.)

Las inclinaciones infusas, las disposiciones virtuosas, la gracia santificante, todo, en una palabra, lo que exigía en el alma de Jesús su calidad de Hombre Dios, no podía aumentar. El Salvador poseyó siempre esos dones en el más alto grado.



APÉNDICE.

SIMPLES INDICACIONES PARA EL ESTUDIO DEL SANTO EVANGELIO.

I.

No queremos dar aquí sino algunas someras indicaciones para un trabajo que, si se hubiera completado, tendría por objeto hacernos *conocer* el santo Evangelio, y hacernos *poseer* la doctrina de ese libro divino, como conocemos y poseemos los relatos y la doctrina de los libros profanos que están en nuestras manos, durante los años de nuestros estudios.

II.

El trabajo que vamos á indicar y que es muy fácil, demanda:

1º hojear el santo Evangelio para buscar, en sus diferentes capítulos, la respuesta á las preguntas asentadas que indican siempre con precisión los capítu-

los y los versículos en que se encuentran esas respuestas.

2º transcribir en todo ó en parte, los pasajes indicados.

Con ésto, se familiariza uno con ese libro divino que Nuestro Señor Jesucristo mandó escribir para *acercarse* más íntimamente á nosotros, *llenar* nuestro espíritu de su espíritu y, poco á poco, inducirnos á vivir como El.

No nos cansemos de repetir, hasta que estemos profundamente convencidos de ello, que:

Ningún conocimiento,—bajo ningún concepto,—vale tanto como el que dan los ejemplos y las enseñanzas de Jesús Salvador.

Ningún otro conocimiento que el contenido en el santo Evangelio, es más indispensable á la salud; y la salud, es decir, la posesión eterna de Dios en el cielo, ¿no es eso todo?

Ningún otro puede dar, ni la *paz* á un alma que se siente culpable, ni la *luz* á una inteligencia que se siente indignada á la vista de lo que pasa en torno suyo, sobre la tierra: *la desigualdad de las condiciones, la opresión del justo, las vilezas de la voluntad, la corrupción del corazón, la lucha incesante entre el deber y las pasiones, y la existencia de males y de abusos incurables.*

Ninguno puede dar *la abnegación* á un corazón deseoso de ser bueno y que no puede serlo como quisiera; ni la esperanza, ni la seguridad á la hora de la

muerte. Los conocimientos adquiridos en el santo Evangelio, precisados y desarrollados por la Iglesia Católica, dan todo éso.

Y ésto sucede, porque en el santo Evangelio:

Es Jesucristo quien habla,

Jesucristo quien instruye,

Jesucristo quien consuela,

Jesucristo quien da la alegría, y

Jesucristo quien indica donde están el perdón, la misericordia y la paz.

III.

Dejadnos transcribir la página que un religioso, director de un colegio, dirigió á sus alumnos:

El Evangelio, hijos míos, es el libro en que fué registrada por los que la oyeron, y tal como salió de sus labios divinos, la grandiosa y dulce palabra de Jesús. Esas enseñanzas del Maestro de quien vuestros maestros no son más que órganos, se os transmite sin duda en las piadosas instrucciones que recibís en la capilla, en clase y en todas partes. Sin embargo, será bueno que vayáis algunas veces á tomarlas en la misma fuente. Vuestros profesores de literatura os dan este consejo: «Si queréis comprender perfectamente bien á los maestros del pensamiento humano y de la lengua francesa, Bossuet y Pascal, Racine y Corneille, no os contentéis con algunos

análisis y citas que os damos en nuestros cursos, poneos en contacto con el autor, y estudiad directamente su obra.» Principio excelente. Aplicadlo, hijos míos, á la obra, á la palabra, y á las enseñanzas de Jesucristo.

No hay duda que las *Historias Sagradas*, y las *Vidas de Nuestro Señor*, se esfuerzan en reproducir el primitivo retrato. Pero el sentido más rudimentario de las cosas artísticas basta para hacernos saber que la mejor copia de *un Rafael*, no valdrá lo que *un Rafael*.

Os decía hace algunos días:

Para ser verdadero y buen cristiano, es preciso conocer no sólo la doctrina, sino también la vida y la persona de Jesucristo. Hoy os digo:

Para conocer la doctrina de Jesucristo, la vida y la persona de Jesucristo, leed el Evangelio:

Un Doctor de la Iglesia, san Jerónimo, redactando para una madre, un programa de la educación cristiana que debía dar á su hija, muy niña aun, hace figurar este artículo: *Ponedla á leer el Evangelio, y que este libro no salga jamás de sus manos.* Si nos empeñamos por verlo en las vuestras, hijos míos, tenemos, ya lo véis, no sólo vuestras razones, sino también vuestras autoridades.

Los libros profanos con que, las necesidades de nuestra formación intelectual, agravadas por las exigencias de los programas universitarios, nos obligan á abrumar vuestros pupitres y vuestros cerebros, ha-

rin de vosotros *hombres instruidos, tal vez sabios y escritores notables*. Aquél hará de vosotros *cristianos y tal vez santos*.

Aun entre los libros devotos, no encontraréis uno más piadoso ni más propio para infundiros, en toda su pureza é integridad, el espíritu de vuestra religión.

Ni entre los demás encontraréis uno más hermoso.

Sobre todo, no encontraréis otro más dulce, más consolador, ni más confortante. Ese es el libro cuya lectura habitual os ayudará un día, á soportar los dolores que la vida os reserva. El coronel Paquetron, anciano, enfermo y desgraciado, escribía á un amigo: «Cada noche, al acabar mi penoso día, leo dos capítulos del Evangelio y me duermo con los recuerdos de Nazaret y del Calvario, sin sentir demasiado pesada la carga de mi pobre vida.» (J. DELBREL, S. J.)

IV.

La edición de los *santos Evangelios* que recomendamos, podría ser la traducción en la cual el *Padre Carrières* ha intercalado explicaciones, dando al texto sagrado el sentido aceptado por la Iglesia.

Esta paráfrasis impresa *con tipos diferentes* de los del texto, permite leer siempre el texto mismo, pero *fija el sentido de él*, de manera que no deje á cada in-

teligencia hacer una interpretación que podría diferir, según las pasiones del momento, según los deseos ó según las aptitudes.

En el siglo dieciseis, habiendo querido los protestantes resumir toda la Religión en el Evangelio, sin miramiento alguno á la enseñanza de la Iglesia que Jesucristo había establecido para ser *la depositaria de la verdad*, hubo en Francia sobre todo, dice el abate Garnier, una reacción demasiado viva contra ese error, y se abandonó en las familias, *la lectura del Evangelio*.

No era ésa, sin embargo, la intención de la Iglesia.

Benito XIV la explicó muy claramente, y León XIII acaba de precizarla en las nuevas reglas del *Index*.

La Iglesia pide cuatro cosas para la lectura del Evangelio y de la Biblia:

1º Que se agregue la Tradición al Evangelio: el Evangelio no encierra toda la doctrina de Jesucristo.

2º Que la Tradición y el Evangelio no se dejen á la libre interpretación de cada uno de los fieles.

3º Que las traducciones estén acompañadas de notas explicativas.

4º Que las notas y la traducción sean aprobadas por un obispo católico.

II.

Sumarios de algunos deberes relativos al Santo Evangelio.

Indicamos aquí solamente,—y como *muestra* (*specimen*) de lo que podría efectuarse,—algunas cuestiones que tienen por objeto hacernos conocer más íntimamente á Nuestro Señor Jesucristo.

Se verá por este trabajo, cómo clasificando y multiplicando las indicaciones sobre el dogma, sobre la moral, sobre el culto, y sobre los personajes indicados, en los lugares que menciona el Evangelio.... se podría estudiar con provecho el *Nuevo Testamento* y aun toda la *Biblia*.

Más tarde podrá hacerse un trabajo más completo.

I.

NOMBRES DADOS Á JESUCRISTO EN LOS CUATRO EVANGELIOS.

En san Mateo:

III, 17—IX, 15—XII, 18—XIII, 55—XIV, 33.

En san Marcos:

XIV, 61, 62.

En san Lucas:

I, 32—IV, 22—XXII, 35—XXIV, 19.

En san Juan:

I, 29—VI, 48, 51—VIII, 12—X, 7, 9, 11—XIV, 6—XV, 1.

Transcribir cada uno de los versículos en los cuales se encuentra el *nombre* dado á Nuestro Señor Jesucristo.

Ej: san Mateo III, 17: Jesús es llamado *la luz del mundo*, etc.

II.

MISERICORDIA DE JESUS.

La encontraréis indicada:

En san Mateo:

IX, 12, 13—XI, 28—XIX, 14—XXIII, 37.

En san Marcos:

VIII, 2 3.

En san Lucas:

VII, 12, 13, 47—XIII, 43.

En san Juan:

XI, 35—XV, 9, 15—XIII, 1.

III.

PODER DE JESUS.

Está indicado:

En san Mateo:

IX, 6, 8—XI, 27—XVIII, 18.

En san Juan:

III, 35—X, 30, 36, 38—XVI, 15—XVII, 10.

IV.

MANSEDUMBRE DE JESUS.

Está indicada:

En san Mateo:

XI, 29, 30—XII, 19, 20.

En san Lucas:

XVIII, 16.

V.

BONDAD DE JESUS.

Una frase de las *Actas de los apóstoles* resume la bondad de Jesús: *Iba de país en país haciendo el bien.*

Procurad, recorriendo las páginas de los santos Evangelios, daros cuenta de la verdad de esas palabras.

Casi en cada página, veréis cuán bueno fué Jesús.

Bueno para con los afligidos:

San Lucas VII: La viuda de Naím.

San Juan XI: Las hermanas de Lázaro.

San Mateo; XI, 28—IX, 12—XIV, 14.

Bueno para con los menospreciados:

San Lucas XVIII: El fariseo y el publicano.—VII.
47: La pecadora á sus pies.

San Mateo: IX, 13.

Bueno para con los paganos:

San Lucas VII: El centurión de Cafarnaum.

San Mateo XV: La Cananea.

San Juan IV, 5 á 26: La Samaritana.

Bueno para con los incrédulos y los ingratos:

San Lucas XI, 53 á 55: La ciudad inhospitalaria.
—XXII, 61: Pedro que le niega.

San Mateo XIII, 37: Jerusalem sobre la cual llora.

San Lucas XXII, 47, 48: Judas que le abraza.—
XV, 4: El buen Pastor buscando la oveja extraviada.
—XIX, 7: Zaqueo.

Bueno para con sus perseguidores:

San Lucas XXII, 51: Malco.

Bueno para con sus verdugos:

San Lucas XXIII, 34.

Bueno para con los mayores culpables:

San Lucas XV. El hijo pródigo.—XXIII, 9 á 43.
El buen ladrón.

San Marcos II, 16, 17.

Bueno para con los que le seguían:

San Mateo xv, 32—ix, 36.

San Marcos viii, 2, 3.

Bueno para con sus discípulos y sus apóstoles:

San Mateo xii, 49, 50.

San Lucas xii, 4.

San Juan xv, 15.—xvii, 11, 12, 14.—Gran número de palabras llenas de afecto en el discurso después de la Cena,—xiii, xiv xv.

Bueno para con los niños:

San Mateo: xix, 13, 14, 15.

San Marcos: x, 13 á 16.

San Lucas: xviii, 15, 16.

*Aquí damos punto á nuestras indicaciones sobre la persona de Nuestro Señor Jesucristo.*Se podrían también recoger *las diferentes palabras* pronunciadas por el divino Salvador.*Palabras á su Padre*—refiriéndose á su poder, á su bondad, á su justicia.

—Preces dirigidas á su Padre.

Palabras á su madre ó que tienen relación con Ella.*Palabras dirigidas á todos los apóstoles* ó á algunos en particular.*Palabras dirigidas á los fariseos.*

Palabras que encierran diversas enseñanzas y que podrían clasificarse por orden alfabético:

Abandono hacia Dios: San Mateo vi, 10.—San Juan iv, 54.—San Lucas xxiii, 46.*Amor de Dios:* San Mateo xxii, 37.—San Marcos xii, 30.—San Juan xv, 9, 10.—San Lucas xii, 49.*Amor del prójimo:* San Mateo xxii, 39.—San Juan xv, 12, 7.—xiii, 35.—San Mateo xviii, 22.*Consejos Evangélicos:* San Mateo xix, 21, 29.—San Marcos x, 29, 30.—San Lucas xviii, 29, 30.—xviii, 22.*Corrección fraternal:* San Mateo xviii, 15, 17.*Fe:* San Mateo xviii, 19.—San Lucas xvii, 6.—San Marcos ix, 22.—xiv, 16.*Gracia:* xv, 5.—vi, 35,—xiv, 16.*Humildad:* San Mateo xviii, 4.—San Lucas xxii, 26,

A lo dicho limitamos nuestras indicaciones, que servirán de guía para un trabajo más completo.

*
*
*

Las palabras de Jesucristo no son como las de los hombres, palabras que pasan, que deslumbran quizá, pero que no dejan más que una impresión general.

Son palabras *vivientes* y dan la vida.Son *una simiente fecunda* para el alma que las recoge.

Son una *dirección* para la inteligencia que las acepta, y si quiere, las verá colocadas en cada una de las horas del día, indicándole lo que debe hacer y cómo debe hacerlo: *El que marcha á la luz de Jesucristo no marcha en las tinieblas.*

Son un *alimento* para la voluntad; y si las acoge, las acepta y las deja penetrar en ella, sentirá más fuerza para obrar, para luchar contra el desaliento y la tentación, y para cumplir generosamente con su deber.

Experimentad, pues, este trabajo sobre el santo Evangelio, que os hemos indicado á grandes rasgos, y sentiréis aumentarse en vosotros la estimación de Jesucristo, el amor de Jesucristo, y el deseo de imitar á Jesucristo.



ÍNDICE.

Ofrenda á la Sagrada Familia	V
--	---

PREFACIO.

I ¿Para quién es este libro?	IX
II ¿Qué será este libro?	XII
III ¿Qué dirá este libro?	XVII

CAPITULO PRELIMINAR.

De la imitación en general, y de la imitación de Jesús niño y adolescente en particular.

I ¿Qué cosa es imitar á alguno?	I
II ¿A quién se trata de imitar?	3
I A los que se ama	3
2 A los que se admira y se estima	4
III ¿Cómo se llega á imitar á aquéllos á quienes se admira y se estima?	5
I Acercándose á ellos	6
2 Observándolos	7
3 Esforzándose en reproducir lo que se ha visto en ellos	7
IV Resultado de la imitación de Jesús niño y adolescente	9

CAPITULO PRIMERO.

Razones para imitar á Jesús niño y adolescente.

I Imitar á Jesús niño y adolescente es <i>fácil</i>	12
II Imitar á Jesús niño y adolescente es <i>útil</i>	14
III Imitar á Jesús niño y adolescente es <i>honorífico</i>	17
IV Imitar á Jesús niño y adolescente es <i>necesario</i>	19
V Imitar á Jesús niño y adolescente es <i>bueno, dulce y atractivo</i>	22